
UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL
a 00002 34003 2


LUX
LIBERTAS

Juana de

Nápoles

JUANA DE NÁPOLES,

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA,

ESCRITO SOBRE LA NOVELA FRANCESA DEL MISMO NOMBRE,

POR

DON FRANCISCO DE ALVARO.



MADRID.
Imprenta de José Rodriguez, calle del Factor, núm. 9.
1854.

PERSONAJES.

JUANA, reina de Nápoles.
Maria, duquesa de Durás.
EL CARDENAL AIMERAC DE S. MARTIN.
EL ALMIRANTE REINALDO DE BAUX.
EL PRINCIPE SANTIAGO DE ARAGON.
ROBERTO DE BAUX.
BENGANAR.
Damas, caballeros, soldados, etc.

ACTO PRIMERO.

Antesala del palacio episcopal. Una puerta en el fondo; á la derecha la entrada de una galeria.

ESCENA PRIMERA.

CARDENAL *y* BENGANAR.

BENG. Descuidad; no olvidaré ninguna de vuestras instrucciones.

CARD. Procura sobre todo predisponer las masas en contra de la Reina. Podria ser condenada, y es necesario que esté prevenido...

BENG. Me permitis que os haga una pregunta?

CARD. Habla.

BENG. Me parece un poco extraño que un hombre tan virtuoso como vos, persiga con tanto encarnizamiento á una mujer: qué interes podeis tener?...

CARD. Únicamente el de la justica es el que me obliga á tratar de castigar á esa mujer indigna de ser reina; á esa mujer, que despues de hacer asesinar á su esposo, entrega á sus cómplices en manos del verdugo y se rie de sus lamentos, como burlándose de la justicia que en su ceguedad cree impotente para alcanzar hasta ella. De esa mujer, que porque ciñe una corona, se cree autorizada para ser adúltera: de esa mujer, en fin, que tiraniza á cuantos de ella dependen.

BENG. Solo Dios tiene el derecho de juzgar á los reyes!!

CARD. Por eso el Padre Santo es el que vá á juzgarla; po eso me he lanzado otra vez al mundo; por eso he abandonado la soledad del claustro. Quizá sea una ilusion de mi mente, pero me creo el enviado de la Providencia para desenmascarar á esa reina criminal.

BENG. Y hasta ahora vuestra empresa marcha á pedir de boca; Luis de Hungria, escitado por vos, acusa á la Reina, que vá á ser juzgada y condenada, segun todas las apariencias.

CARD. Ya veremos; ahora marcha á cumplir las órdenes que te he dado.

BENG. Voy al punto, señor Cardenal.

CARD. Y yo voy al salon.

ESCENA II.

BENGANAR *solo.*

Perfectamente; héme aqui mezclado en una empresa terrible y sin poder retroceder. El señor Cardenal me salvó la vida y debo obedecerle en un todo. Voy á cumplir sus órdenes.... Hácia aqui vienen varios caballeros; oiré lo que dicen. (*Se oculta detras de una columna.*)

ESCENA III.

Varios CABALLEROS *y* SACERDOTES *hablando con agitacion.*

CAB. 1.º Os digo que será condenada. El tribunal está en contra suya.

CABALL. Y yo os digo que no puede ser. No hay ninguna prueba que acredite la acusacion de Luis de Hungria. Por otra parte, Juana ha prestado grandes servicios á la causa de la iglesia: ha vendido al Santo Padre la ciudad de Aviñon por ochenta mil florines...

SACERD. Y alguna influencia debe tener...

BENG. (*Embozado y saliendo de detras de la columna.*) Ese es precisamente el mal. Se trata de una mujer que ha cometido un crimen horrible y que no es acreedora á ninguna consideracion. Se trata de Juana de Nápoles, que despues de hacer asesinar á su esposo, se casó con Luis de Tarento sin haber transcurrido aun el año de

luto; y suponer que Clemente VI sea indulgente, que su justicia se venda, es suponer una infamia. (*Se retira perseguido por varios Caballeros.*)

CAB. 1.° No me cabe duda, señores, de que hay entre nosotros algun partidario de Luis de Hungria, de es príncipe sin fé, que ha osado ultrajar á nuestra reina.

ESCENA IV.

DICHOS *y un* UJIER.

UJIER. La reina Juana ha suplicado al Santo Padre dé toda la publicidad posible á su acusacion. En su consecuencia Su Santidad me manda permita entrar á todo el mundo. Podeis pasar Señores. (*Se agrupan á la puerta y van entrando; la sala queda sola por un momento.*)

ESCENA V.

ROBERTO, *sale por la puerta lateral.*

ROBERTO. Esta es la ocasion. (*Dá una vuelta por el salon, y viendo que está solo se aproxima á la puerta por donde entró.*) Salid sin temor.

ESCENA VI.

MARIA, ROBERTO.

MRRIA. Estais seguro de que no me conocerán?

ROBERTO. Tranquilizaos; ese velo os oculta á las miradas indiscretas. Por otra parte todos los ánimos estan preocupados con la causa de la Reina....

MARIA. Con que este es el palacio donde se juzga á mi pobre hermana?

ROBERTO. Si señora, y dentro de pocas horas...

MARIA. Será sentenciada; condenada tal vez!!

ROBERTO. Condenada!! No teneis fé en la inocencia de la Reina?

MARIA. Y qué puede la inocencia de una mujer contra la persecucion de un enemigo poderoso? Juana solo es rica de nombre: su cuñado Luis de Hungria, arrastrándola ante un tribunal, cuyas disposiciones hostiles conoce

de antemano, ha destruido el prestigio de su rango, el brillo de su corona. Si la ha hecho sufrir la vergüenza de la sospecha, por qué habia de ahorrarla la infamia del castigo?

ROBERTO. Exagerais los peligros de esta lucha, de que es de esperar salga victoriosa la Reina....

MARIA. Dios quiera que sea asi; pero mi presencia en este sitio....

ROBERTO. Mi padre lo ha previsto todo. Esa galeria conduce á una habitacion que está preparada para vos. No teneis sino dar tres golpes en la puerta. Entre tanto yo procuraré adquirir noticias y os las comunicaré en seguida.

MARIA. Contad con mi agradecimiento.

ESCENA VII.

ROBERTO *solo.*

(*Mirando por donde se fué Maria.*) Ya entra en la habitacion: ya está segura gracias á mis cuidados; voy á buscar á mi padre: pero viene gente...

ESCENA VIII.

ROBERTO, *el* ALMIRANTE.

ALMIR. Y la duquesa?

ROBERTO. Está ya en su habitacion.

ALMIR. Sabes algo acerca de la Reina?

ROBERTO. Nada absolutamente; pero me figuro que la sesion debe estar terminándose.

ALMIR. No puedo contener mi impaciencia. Hace un instante que he encontrado al Príncipe de Aragon, y me ha ofrecido venir aqui dentro de un momento. El nos dará las noticias que tanto deseamos....

ESCENA IX.

DICHOS, *el* PRINCIPE.

PRINCIPE. Y felizmente satisfactorias.

ALMIR. Perdonad mi impaciencia, monseñor. La Reina....

PRINCIPE. Se ha presentado bella y tranquila. Despues de haber visto á Juana defendiendo su causa, con las manos unidas, pálida como la Magdalena al pie de la cruz, no es posible dudar. Para resistir á su elocuencia, para no sentirse conmovido delante de aquella frente que se inclina, de aquella mirada que penetra, de aquella voz que suplica, seria necesario que el corazon de los jueces fuese insensible á las emociones de la desgracia y de la belleza. Osar herir á Juana seria acusar á Dios!!

ALMIR. De modo que creeis será absuelta?

PRINCIPE. Tengo esa conviccion.

ROBERTO. Me parece que la sesion ha terminado ya. (*Dirigiéndose á la izquierda.*) El pueblo sale del salon.

ESCENA X.

DICHOS, *el* CARDENAL *y* CABALLEROS *y gentes del pueblo.*

ALMIR. Cuál ha sido la decision de Su Santidad?

CARD. Su Santidad ha declarado inocente á la Reina, ante el numeroso concurso que llenaba el salon.

ALMIR. Gracias, Dios mio, gracias!!

CABALLS. Viva la Reina! viva! (*Se abren las puertas del fondo y un Ujier dice con voz fuerte.*) Paso á S. M.

ESCENA XI.

DICHOS, *y la* REINA.

REINA. Gracias, señores, gracias. Este dia es uno de los mas hermosos de mi vida. Luis de Hungria me persigue sin descanso, y ha tenido el atrevimiento de acusarme ante Su Santidad. Humillada en mi gloria, atacada en mi libertad hubiera querido escapar á esta ignominia por medio de la muerte. Pero Dios me ha sostenido, y la imaginacion infernal de Luis solo ha servido para cubrirle de vergüenza. Una palabra del Santo Padre ha convertido la sospecha en ultraje, la acusacion en calumnia. Vosotros con vuestros aclamaciones confirmais mi sentencia; gracias, señores, gracias, vuelvo á repetir.

ALMIR. No puedo menos de felicitaros señora, y bendecir el dia en que os volvemos á ver libre y tranquila.

CARD. (*Aparte.*) (No será por mucho tiempo.)

REINA. Venis de Nápoles, no es verdad? Decidme cuál es la suerte de mi esposo, de mi hermana, de mis amigos. Y vosotros, señores, tened la bondad de retiraros.

ALMIR. Señora, quiero que mis primeras palabras llenen de gozo vuestro corazon. Vuestra hermana, aunque perseguida tenazmente por Luis de Hungria, ha conseguido escapar, y auxiliado por mi hijo he logrado preservarla de todos los peligros; dentro de un momento estará á vuestro lado.

JUANA. Con que está aqui mi hermana?

ALMIR. Si, señora; pero en qué piensas tú, Roberto? Vé á buscar á la Duquesa de Durás para conducirla al lado de nuestra querida Reina.

ROBERTO. Voy allá, padre mio; no sé que preocupacion fatal... Con vuestro permiso...

JUANA. No olvideis que os espero con impaciencia.

ESCENA XII.

La REINA, *el* ALMIRANTE.

JUANA. Y mi esposo, y Cárlos de Durás? Los habeis visto? Os han dicho algo para mí?

ALMIR. Vuestro esposo, señora, continúa defendiendo el reino paso á paso. En cuanto á Cárlos de Durás, el marido de vuestra hermana, siento tener que deciros que ha dejado de existir.

JUANA. Y cómo ha muerto?

ALMIR. Atraido á un lazo infame. Cárlos de Durás fué invitado á asistir á una conferencia en el castillo de Aversa; se presentó con la mejor buena fé, y á una señal de Luis de Hungria, fué atado, ahorcado y arrojado por el balcon, cuyo siniestro nombre...

REINA. (*Interrumpiéndole.*) Basta... basta.

ALMIR. Los cortesanos de Luis de Hungria pretenden que Cárlos de Durás, aunque no contribuyó al asesinato del rey, no hizo tampoco nada para estorbarla, y llaman á esa ejecucion un acto de justicia. Nosotros, que os

amamos, señora, llamamos á esa accion un asesinato, y el pueblo...

REINA. (*Con impaciencia.*) Qué hace el pueblo, Almirante?

ALMIR. Compadece á su reina y la llama á gritos.

REINA. Es cierto!

ALMIR. (*Dándola una carta.*) Aqui teneis la prueba.

REINA. De mi esposo. (*La lee.*)

ALMIR. El rey espera vuestra respuesta...

REINA. Yo misma iré á llevársela. Que dentro de una hora esten los buques prontos para darse á la vela. Luis de Hungria está todavia en Nápoles. Es necesario que antes de ocho dias, sea su fuga la señal de nuestra entrada victoriosa.

ALMIR. Aquí está la Duquesa.

ESCENA XIII.

DICHOS: MARIA *y* ROBERTO.

MARIA. Juana!

REINA. Hermana mia! (*Se abrazan.*)

MARIA. Al fin te vuelvo á ver, absuelta y libre de la persecucion.

REINA. Si, completamente libre: y tú, Maria? Parece que estás triste?

MARIA. Perdóname si he podido abrigar otro pensamiento que el de tu felicidad, pero si supieras...

ALMIR. Señora, en la pieza inmediata esperamos vuestras órdenes.

ESCENA XIV.

MARIA *y la* REINA.

REINA. Ahora que estamos solas, cuéntame lo que te sucede.

MARIA. He tenido un encuentro imprevisto.

REINA. De quién hablas?

MARIA. Del Príncipe Santiago de Aragon, de quien una fatalidad me habia separado, y á quien acado de encontrar en esa galeria.

REINA. Santiago de Aragon? Ese Príncipe destronado?..

MARIA. El mismo; mucho tiempo hace que nos amamos: pero

nuestro amor ha permanecido mudo. Un dia me declaró su pasion, y le ofrecí corresponderle, á condicion de que jamás me hablaria de ella.

Reina. Pero hoy...

Maria. Soy viuda y libre; una sola mirada suya me ha hecho conocer que su corazon es siempre mio.

Reina. Aunque el amor ha huido para siempre de mi pecho, te comprendo Maria, y sé todo el imperio que puede tener en la vida una pasion profunda...

Maria. Tú renunciar al amor! Tu ejemplo me prueba que á los veinte años la ambicion es insuficiente para llenar el corazon. Y tu matrimonio con el Príncipe de Tarento...

Reina. Qué hablas de Luis de Tarento? Crees tú que puedo amarle? Ese hombre es el esposo impuesto por la necesidad y la política. Perseguida por un crimen que no he cometido, él ha sido mi único defensor. Podia rehusarle mi mano? Oh! habias pensado que sus servicios eran desinteresados. Quién se aproxima á mí sin un objeto? La ambicion, la venganza, la avaricia, forman en mi torno un círculo, y como es necesaria una víctima á esas violencias, esa víctima soy yo; siempre yo!

Maria. Pobre hermana mia; y sin saberlo, habré aumentado tus dolores con la relacion de mis locas esperanzas.

Reina. No digas eso; tu dicha y la mia no son una misma cosa? Tu confianza me recuerda el tiempo en que viviendo en una misma córte, no teniamos mas que un pensamiento, una esperanza Ya que has sido franca, voy á serlo tambien contigo. En medio del orgullo de mi triunfo, una dulce emocion ha venido á reanimar este corazon que yo creia muerto para siempre. Recuerdo que entre la multitud, he visto un hombre que me miraba con una expresion que no acierto á describirte. No sé si era amor, temor, ó entusiasmo lo que brillaba en su frente. En el momento en que terminaba mi discurso, se levantó. Entonces, no sé si fué su presencia ó la justicia de mi causa lo que me sostuvo; pero pronuncié mis últimas palabras con una fuerza nueva, con una elocuencia desconocida; y antes de que los jueces hubiesen proclamado mi inocencia, habia leido ya la prediccion en sus ojos.

Maria. (*Con interes.*) Quién es ese jóven?

Reina. Qué sé yo! Una aparicion, sin duda; porque cuando un

momento despues miré al sitio que ocupaba, habia ya desaparecido. Pero abren esa puerta.

ESCENA XV.

JUANA, MARIA *y un* UJIER.

UJIER. El príncipe Santiago de Aragon solicita el honor de ser recibido por Vuestra Magestad.

REINA. El príncipe! Que pase adelante.

ESCENA XVI.

JUANA, MARIA *y* SANTIAGO.

REINA. Ya lo oyes, Maria; el príncipe desea hablarme. Sin duda viene á descubrirme vuestro amor, y á solicitar mi consentimiento. (*Viéndole entrar.*) Gran Dios, mi desconocido!

MARIA. Es ese el jóven de que hablabas?

REINA. (*Con turbacion.*) No... No es él.

SANT. Perdonad la impaciencia de uno de vuestros mas leales vasallos; perdido entre la multitud, no podia expresaros la conviccion profunda de vuestra inocencia; pero ahora que me es dado manifestaros mis sentimientos os ofrezco mi espada y mi vida.

REINA. Acepto, príncipe; y á vuestros generosos ofrecimientos voy á responder con una muestra de aprecio y gratitud. Necesito una persona hábil á quien confiar una mision importante para con mi cuñado Luis de Hungria. Quereis ser mi embajador?

SANT. Tanta confianza en mí, que no soy para vos mas que un desconocido...

REINA. Os equivocais; no hace mucho que me hablaban de vos. (*Señalando á Maria y poniéndose á escribir.*)

SANT. Es cierto que os habeis acordado de mí?

MARIA. Seré por ventura yo sola quién recuerde el pasado?

SANT. Podeis pensarlo siquiera? Es imposible que no hayais adivinado que únicamente la esperanza de encontraros aqui...

JUANA. Príncipe de Aragon, tomad ese pergamino, expresion de mi voluntad real, y precededme á Nápoles. Marchad,

derecho á ver á Luis de Hungria, teniendo en una mano esta carta, y en la otra la espada desnuda, y negociad una paz honrosa, ó declaradle una guerra sin tregua.

MARIA. Quiera Dios que esta embajada sea la señal del reposo, porque tú misma, hermana mia, debes estar cansada de esas luchas contínuas, de esos triunfos que satisfacen el orgullo, sin llenar nunca el corazon.

REINA. Tienes razon, hermana mia; no hay poder sin esclavitud; en la frente una corona de oro, en el corazon una cadena de hierro; esta es la suerte de los reyes! Si pudiese, desearia como tú el reposo.

SANT. El reposo!! quién es capaz de conseguirlo cuando la guerra invade el mundo: cuando la sed de oro y la ambicion solo tienen cabida en el corazon del hombre?

REINA. Tan jóven y os abandona ya la esperanza?

MARIA. El Príncipe ha sido tan desgraciado!

REINA. Pero á sus años, aun puede esperar un porvenir de amor y felicidad...

ESCENA XVII.

DICHOS *y el* ALMIRANTE.

ALMIR. Perdonad nuestra indiscrecion, señora; el pueblo desea saludaros. Si quisierais asomaros á un balcon?

REINA. Estoy pronto á seguiros.

ALMIR. Antes, tengo que suplicaros recibais al Sr. Cardenal Aimerac de San Martin, que acompañado de una diputacion, desea saludaros.

REINA. (*A un Ujier.*) Que entre el Cardenal.

ESCENA XVIII.

DICKOS: *el* CARDENAL.

REINA. Seais bien venido, Sr. Cardenal.

CARD. Señora, os felicito por vuestro triunfo; no solo en mi nombre, sino en el de los señores que me acompañan.

REINA. Agradezco doblemente vuestra felicitacion, Sr. Cardenal, porque veo en vos uno de los que me han juzgado. Os doy gracias, señores.

CARD. Pero el pueblo os espera impaciente; tengo el honor de ofreceros el brazo. (*Vánse: la Reina del brazo del Cardenal y Maria del de Santiago.*)

ESCENA XIX.

ALMIRANTE, ROBERTO.

ALMIR. Roberto, tú sufres.

ROBERTO. Tengo un infierno en el corazon.

ALMIR. Despues de haber soñado el paraiso, no es verdad?

ROBERTO. Entonces estaba loco.

ALMIR. Y por qué? Por que amas á la Duquesa de Durás?

ROBERTO. Si; porque la amaba sin pensar que su amor era demasiado elevado para que yo pudiese alcanzarle. He debido medir la distancia que nos separaba, y me hubiese ahorrado muchos tormentos. Ahora que he adquirido la certidumbre de que Maria solo siente por mí la indiferencia mas completa, he querido aborrecerla, olvidarla, pero me es imposible. Este amor es mi sangre; este amor es mi vida. Solo la muerte puede calmar mi dolor...

ALMIR. El suicidio es el recurso de los cobardes.

ROBERTO. Pero, cuando la desesperacion...

ALMIR. El hombre fuerte espera siempre.

ROBERTO. Es que vos, padre mio, no sabeis toda la extension de mi desgracia. Maria ama á otro. El elegido de su corazon es jóven y príncipe. Qué soy yo? Un caballero, y nada mas. Querer luchar, seria correr derecho á mi pérdida. No alimentaré vanas quimeras. Por su reposo y el mio, debo huir de este sitio y partiré hoy mismo.

ALMIR. Eres un niño. Quién es tu rival?

ROBERTO. El príncipe Santiago de Aragon.

ALMIR. Me lo habia figurado. Su amor á la Duquesa es mas verdadero que el tuyo?

ROBERTO. Nadie puede amarla como yo.

ALMIR. Entonces nadie sino tú, la poseerá.

ROBERTO. Qué decis, padre mio? Esta union?..

ALMIR. Realizaria una de mis mejores esperanzas. La vida de Carlos Durás lleva á su esposo una corona ducal, ricos señorios, y opcion á la corona de Nápoles.

ROBERTO. Os burlais de mi dolor: cómo es posible que Maria des-

cienda hasta mí.

ALMIR. Y quién te impide elevarte hasta ella.

ROBERTO. Cualquiera diria que puedo realmente aspirar á la mano de la Duquesa.

ALMIR. Y por qué no. Donde estan los límites impuestos á la inteligencia, á la ambicion, al genio. Acuérdate de la Inglaterra, conquistada por Guillelmo, de la Sicilia por Guiscard. Acuérdate de Reineí en Roma, de Visconti en Milan. Aspiras al amor de la Duquesa de Durás? Y por que no al de la Reina? Crees que haya en Italia un solo hombre que no codicie su riqueza y que no se diga á sí mismo: «Todo eso puede un dia pertenecerme.» Y crees tú que un Santiago de Aragon serviria para estorbárselo, porque es amado y han cambiado miradas y sonrisas. Pregunta á las poblaciones reducidas á cenizas, á los reinos destrozados, á todos los demonios de la ira y de la violencia desencadenados sobre un pais, por cuánto cuentan en su balanza los juramentos, las miradas, y las dulces sonrisas de amor.

ROBERTO. Por favor, padre mio, vais á volverme loco.

ALMIR. Oigo pasos, cállate.

ROBERTO. Es la Reina que se retira del balcon. Veis al Príncipe? Siempre al lado de Maria.

ALMIR. Y qué te importa. Ese hombre es noble, rico y amado. Pues bien, hijo mio, hay una fuerza que tú puedes tener y ante la cual todo se inclina.

ROBERTO. Y cuál es, padre mio?

ALMIR. La voluntad!!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala del Palacio Real. Puerta en el fondo. A la izquierda la entrada de un oratorio. A la derecha otra puerta y una ventana.

ESCENA PRIMERA.

El ALMIRANTE *y un* OFICIAL.

ALMIR. Habeis olvidado las órdenes de la Reina.

OFICIAL. No, señor; pero como la duquesa Maria me ha ordenado que entrase, me he visto precisado...

ALMIR. Aqui está, retiraos.

ESCENA II.

La DUQUESA MARIA, *el* ALMIRANTE.

MARIA. Es verdad, señor Almirante, que la entrada en estas habitaciones me está prohibida?

ALMIR. Dispensadme, señora, la Reina no quiere ver á nadie.

MARIA. Esa será una órden general de que debe estar exceptuada su hermana.

ALMIR. Es imposible. Su Magestad está orando acompañada de sus sacerdotes y de su servidumbre, y nadie debe turbar su piadoso recogimiento.

MARIA. Pero y los peligros que nos amenazan. Desde que ha muerto su esposo Luis de Tarento, Nápoles está á punto de entregarse; sabe que Luis de Hungria ha jurado no concedernos treguas. En el momenlo en que os hablo, las tropas enemigas se estrechan mas y mas en torno de la ciudad preparándose á dar el asalto. Es una lucha á muerte, y la Reina debe ser la primera víctima? A qué espera para huir? A que el enemigo entre en la ciudad, á que la sangre corra á torrentes? (*Gritos.*) Y en este instante en que los gritos de muerte suenan tan cerca de nosotros, qué puede hacer la Reina, Almirante? qué hace, lo sabeis?

ALMIR. Sin duda ruega al cielo separe de la ciudad tantas calamidades.

MARIA. Orar, orar, cuando es necesario ejecutar. Orar cuando la fuga es nuestro único recurso. Ademas, mi hermana debe haber olvidado que hoy es el dia señalado para mi enlace con el príncipe de Aragon. Antes de tomar el mando de nuestras tropas debe conducirme al altar y jurarme amor y fidelidad. Ya veis Almirante que es necesario recordar todo esto á la Reina. Dejadme penetrar en ese oratorio, ó suplicadla vos mismo que me reciba; es necesario salvarla aun á pesar suyo.

ALMIR. Me es sumamente sensible no poder acceder á vuestros deseos, pero las órdenes que he recibido...

ESCENA III.

DICHOS *y el* PRINCIPE.

MARIA. (*Viendo entrar al príncipe.*) Ayudadme á convencer al Almirante.

PRINC. De qué se trata? dónde está la Reina?

MARIA. En ese oratorio; pero no quiere ver á nadie, ni aun á su hermana.

ALMIR. La Duquesa olvida deciros que la Reina, entregada á su dolor, está orando por el alma de su esposo.

PRINC. Lo comprendo perfectamente. Juana llora la pérdida de Luis de Tarento y su desesperacion la estravia. Pero no importa, Maria. Salvaremos á la Reina á pesar suyo, al mismo tiempo que libraremos á Nápoles de los horrores de un sitio que en las circunstancias presentes

atraeria sobre nosotros desgracias irreparables. Pero antes de exponer mi pecho á los golpes de los soldados es necesario que nuestros sueños de felicidad se realicen, porque me amas Maria, no es verdad?

MARIA. Pregunta si le amo, como si no supiese que su amor es mi vida.

PRINC. Pues bien; basta ya de dilaciones, he prometido que hoy seria tu esposo y haria triunfar la causa de Juana, y cumpliré mi juramento. Venid, Maria, venid. Que un sacerdote bendiga nuestra union y del altar volaré á las murallas. El tiempo pasa, seguidme Maria.

REINA. *(Con voz fuerte.)* Quedaos, lo mando.

ESCENA IV.

DICHOS *y la* REINA.

REINA. He oido vuestras últimas palabras, y en verdad que me admira vuestro modo de proceder. Quién es la Reina aqui? Mi voluntad no significa nada? Vos, Monseñor, os atribuis de vuestra propia autoridad una mision que yo sola tengo el derecho de conferiros. Y vos, hermana mia, ibais en mi ausencia á contraer lazos indisolubles, sin consultarme siquiera. Príncipe de Aragon, Duquesa de Durás, habeis olvidado mis derechos y vuestros deberes.

PRINC. Señora, la situacion excepcional en que nos encontrabamos...

REINA. Creis que no sé lo que sucede? Alimentais sin duda la loca esperanza de una defensa, de una lucha, de una victoria tal vez. Quereis que os diga toda la verdad? Pues sabedlo; dentro de dos horas, Nápoles estará en poder del enemigo. Nápoles, invadida por los sicarios de Luis de Hungria no será mas que un rio de sangre. Y en semejante momento os atreveis á pensar en vuestra union, en vuestros ensueños de amor!.. Renunciad á pensamientos tan frívolos: si necesario es, os lo mando. Almirante, la muerte de mi esposo es una catástrofe contra la que nos es imposible luchar. Querer sobreponernos á los peligros que nos rodean, seria marchar derechos á nuestra pérdida. Nuestro único recurso es la fuga; cuidad de que todo esté preparado para dentro de media hora.

PRINC. Pero no habria algun medio...

REINA. Ninguno; cedo el puesto á Luis de Hungria, porque los socorros que la Francia me habia prometido, no han llegado á tiempo. Pero esto no es mas que aplazar el combate. Príncipe, corred á las murallas, retardad media hora la marcha del enemigo, y contad con mi gratitud.

PRINC. Estad tranquila, señora, durante ese tiempo yo respondo de todo. (*Saludando y retirándose. Maria va á salir, pero la Reina la coge de un brazo.*)

REINA. Quedaos.

ESCENA V.

REINA, MARIA.

MARIA. Por qué estás tan severa conmigo, hermana mia?

REINA. No seria mejor que hicieses esa pregunta á tu corazon!

MARIA. No te comprendo: solo puedo atribuir ese cambio al dolor que la muerte de tu esposo...

REINA. Dejemos un disimulo que es ya inútil. Tú crees que la muerte de mi esposo es la causa de esta melancolia que me consume? Luis de Tarento, ya te lo he dicho en otra ocasion, era el esposo impuesto por el interés de mi corona, y no el amante elegido de mi corazon. Estoy ya cansada de esta comedia que hace demasiado tiempo representamos. Estoy ya cansada de llevar la serenidad retratada en mi rostro, cuando mi alma está entregada á todos los tormentos de una pasion. Creí que habia renunciado al amor... pero me he engañado. Es superior á todo, y conozco que hasta ahora no he amado.

MARIA. Te lo repito, Juana, no se qué quieres decir...

REINA. Demasiado sabes que amo á Santiago de Aragon.

MARIA. Cállate, cállate, no quiero oirlo.

REINA. Y yo quiero repetírtelo. Ya hace tiempo que conoces mi amor, has adivinado mis pesares y mis tormentos, y no me has ahorrado ni la relacion de tus esperanzas ni el cuadro de tu dicha. A mis ojos le prodigabas las sonrisas, las miradas: cien veces me has pintado su embriaguez... Insensata!... Has llegado hasta tener ce-

los de mí, tú, su amada, tú, su prometida. Tu imprudencia misma me ha hecho entrever un nuevo porvenir. Asistiendo al espectáculo de tu felicidad, he pensado que yo tambien era joven, bella, y digna de ser amada. Tú no podias ofrecerle mas que amor. Yo podia darle con mi mano una corona. Luis de Tarento era el único obstáculo que se oponia á mis deseos. Y el dia en que recibo la noticia de su muerte, el dia en que como tú soy viuda y libre, tienes la loca pretension de quererte unir á tu prometido? Y has podido creer que yo consentiria, que estaria presente, y que devoraria en silencio mis lágrimas y mis celos?... No lo esperes, Maria.

MARIA. Qué vértigo se ha apoderado de tu razon? No he dado mi palabra al Príncipe; no me ha jurado él ser mi esposo?

REINA. El sacerdote no os ha unido aun.

MARIA. Yo le amaba antes que tú! Por qué te pones á traves de mi dicha?

REINA. Pregunta mas bien por qué tú felicidad se encuentra en el camino de la mia.

MARIA. Con que las dos le amamos!

REINA. Y entre estos dos amores habrá una lucha sin tregua ni compasion.

MARIA. Lucha desigual, porque tú eres la Reina y todo el mundo obedece tus mandatos.

REINA. Y tú la bella Maria á quien ama.

MARIA. Lucha desigual, porque yo ignoro el arte de la seduccion, que tú posees tan bien.

REINA. Maria!!

MARIA. Yo no he contado como tú por esclavos á Roberto de Cabanne, á Bertran de Artois, á Luis de Tarento.

REINA. Maria!!!

MARIA. Lucha desigual, vuelvo á repetir, porque mientras yo sin quejarme, llevaba la pesada cadena de mi matrimonio con Carlos Durás, tú, por medio del adulterio, te distraias de los disgustos que ocasionaba el tuyo: porque mientras yo sufria con resignacion mi destino, tú pensabas en cambiar el tuyo por medio de un asesinato.

REINA. Mentira!

MARIA. Dios que nos oye decidirá de qué parte está la verdad.

Dices que miento, y me lo dices á mí, que he vivido tanto tiempo con Carlos Durás, tu cómplice primero, tu enemigo despues; á mí, que me he arrojado cien veces de rodillas á sus pies para suplicarle que no te perdiese: á mí, que he detenido en sus labios moribundos la palabra fatal que te hubiese entregado al verdugo. Te atreverás á decir que miento, cuando te recuerde la noche sangrienta del castillo de Aversa: cuando te hable de la partida de caza ideada por tí para atraer á Andrés á un lazo infame: cuando ponga delante de tus ojos la horrible imágen de los asesinos reunidos á tu voz, la víctima extrangulada con un cordon tejido por tí misma, y su cadáver arrojado desde lo alto del balcon.

REINA. Calumnia!

MARIA. Verdad.

REINA. Pero es necesario pruebas, y tú no las tienes.

MARIA. Quién sabe? No es mi proyecto desenmascarar á la Reina, criminal á la faz del mundo, sino acusar ante Santiago á la hermana desleal. Quieres que seamos rivales? Consiento. Quieres la guerra? Ten cuidado, Juana. El corazon de Maria no ha conocido hasta ahora mas que el amor. Sabe Dios lo que el aborrecimiento podrá inspirarla!

REINA. Amenazas á mí! Duquesa de Durás, todo ha terminado entre nosotras.

MARIA. Bien está; mas alguien viene.

ESCENA VI.

REINA, MARIA *y el* ALMIRANTE.

REINA. Qué nuevas traeis, Almirante?

ALMIR. Malísimas, señora.

REINA. La ciudad...

ALMIR. Todavia está libre; pero el último parte que acabo de recibir no me deja dudas acerca del resultado funesto del combate de hoy. La armada enemiga es demasiado numerosa para que Nápoles pueda resistir largo tiempo, y seria prudente...

REINA. Teneis razon; debemos apresurarnos á huir.

ALMIR. Los navios estan prontos para darse á la vela.

REINA. Muy bien, Almirante, gracias por vuestro celo. Venid;

una puerta excusada ocultará al pueblo el secreto de de nuestra salida de palacio. Duquesa de Durás, seguidme.

MARIA. No. Me quedo.

REINA. Qué pretendeis hacer?

MARIA. Esperar aquí á mi prometido.

REINA. Tu prometido! Sígueme, lo mando.

MARIA. Abandona ese tono de autoridad, Juana; aqui no hay reina ni vasallo. Solo hay dos mujeres iguales ante la muerte. Tú buscas la salvacion en la fuga; yo solo quiero deber la vida á Santiago de Aragon.

REINA. Quédate. (*Acercándose á Maria.*) Pero no creas que tu rebelion tendrá el resultado que esperas. Almirante, puedo contar con vos?

ALMIR. Ordenad, señora.

REINA. (*En voz baja.*) Enviad un mensaje á Santiago de Aragon, diciéndole que salgo de Nápoles y que le espero á bordo. Decidle, sobre todo, que la Duquesa me acompaña. Y ahora, si es víctima de la venganza del vence; dor, suya será la culpa. Dios es testigo de que la hemos ofrecido la salvacion y que la ha rehusado!

ALMIR. (*Acompañando á la Reina.*) Descuidad, señora, voy á cumplir inmediatamente vuestras órdenes. (*Vuelve á la escena.*)

ESCENA VII.

MARIA *el* ALMIRANTE.

ALMIR. La Reina quiere perderos, pero yo me ofrezco á poneros á cubierto de su venganza.

MARIA. Vos!

ALMIR. Retiraos á vuestra habitacion, y tened confianza en mí: os doy palabra de conduciros sana y salva fuera de Nápoles.

MARIA. Y me reunireis con Santiago?

ALMIR. No puedo comprometerme á tanto. Os ofrezco salvaros la vida, señora Duquesa, ni mas ni menos.

ESCENA VIII.

ALMIRANTE, *solo.*

(*Aproximándose á la puerta del oratorio.*) Aqui está el capellan. Estoy tranquilo. Santiago de Aragon no sabe la órden de la Reina, es valiente, y morirá antes de ceder el puesto. Pero, y mi hijo, que debia estar aqui? Su tardanza puede descomponer todo mi plan, y no es fácil vuelva á presentarse otra ocasion tan favorable!.. Roberto es muy jóven, y su pasion, por ardiente que sea. quizá retrocederia tal vez ante una resolucion atrevida. Entonces, adios ensueños de riqueza y de poder. No abandonaré el éxito de esta empresa á los peligrosos escrúpulos de un jóven. Seria muy arriesgado poner su amor en lucha abierta con el interes de su porvenir. Es necesario que sea mi cómplice sin saberlo, que sirva mi proyecto sin conocerle...

ESCENA IX.

ALMIRANTE *y* ROBERTO.

ROBERTO. Qué sucede, padre mio, acabo de ver á la Reina: pero y Maria?

ALMIR. La Duquesa está aqui.

ROBERTO. Pues qué no sabe que dentro de un momento la muerte y el incendio invadirán este palacio.

ALMIR. Lo sabe, y sin embargo espera.

ROBERTO. Quién la salvará.

ALMIR. Tú. (*Ruido lejano.*) Este palacio que va á ser la tumba del poder de Juana, será el cimiento de la nuestra.

ROBERTO. Explicaos.

ALMIR. Amas aun á Maria.

ROBERTO. Y me lo preguntais!!

ALMIR. Quieres casarte con ella.

ROBERTO. Qué decis!!

ALMIR. Entra en ese oratorio á donde Maria debe venir dentro de pocos instantes á ofrecerte la felicidad que tú no osabas pensar. He pedido para su mano.

ROBERTO. Y os ha oido sin cólera? Ha consentido...

ALMIR. Sin vacilar.
ROBERTO. Y Santiago de Aragon?
ALMIR. Perdido para ella. Entra en esta capilla. (*Empujándole.*)
ROBERTO. Una palabra, padre mio; qué debo hacer?
ALMIR. Esperar.

ESCENA X.

MARIA *y el* ALMIRANTE. MARIA *sale al mismo tiempo que Roberto entra en la capilla.*

MARIA. (*Sin ver al Almirante.*) Dios mio, qué haré? La ciudad está en poder del enemigo. Santiago habrá sido vencido y tal vez muerto en el combate. Y yo aqui, sola, entregada á la cólera del vencedor. El Almirante en su confusion quizá habrá olvidado su promesa.
ALMIR. (*Acercándose.*) No, señora.
MARIA. Ah gracias; os espera con la misma impaciencia que el condenado espera el perdon: pero ahora todo temor ha huido de mi corazon; me salvareis Almirante, no es verdad?
ALMIR. Con una condicion, Duquesa de Durás.
MARIA. Una condicion de vos á mí, qué significa?..
ALMIR. Veis ese oratorio; es el altar donde hace algunas horas ibais á uniros con un hombre que os protegiese. Pues bien, señora; es necesario que antes de partir deis vuestra mano al único hombre que puede protegeros.
MARIA. Vuestras palabras son un enigma; vuestra mirada tiene algo de extraño, no sé si adivino... Seria una felicidad tan grande, tan impensada... Está ahí Santiago?
ALMIR. Otra persona es quien os espera.
MARIA. Otra, y quién gran Dios!
ALMIR. Roberto de Baux.
MARIA. Vuestro hijo? Cuidado Almirante, me estais insultando en el palacio de mi hermana.
ALMIR. No hay insulto, señora; no será mi hijo el primer caballero á quien una alianza ha hecho príncipe. Muchos plebeyos han alcanzado la grandeza sin ningun motivo; qué de extraño tiene que mi hijo siendo noble aspire á ella? Ademas yo solo exijo la recompensa de mis servicios. No he favorecido dos veces vuestra fuga? No ha

corrido por vos mi sangre?

MARIA. No niego vuestros servicios, y no seré ingrata. Juana tambien los premiará. Quereis oro?

ALMIR. No.

MARIA. Quereis títulos, honores?

ALMIR. Los que llevan mi apellido no los necesitan. Tomad una resolucion, y no olvideis que yo solo mando aqui. (*Gritos.*)

MARIA. Con qué derecho?

ALMIR. Con el derecho de vida y muerte que tengo sobre vos. (*Siguen aumentando el tumulto.*) Mirad. (*Cogiéndola del brazo y llevándola á la ventana.*) Ya lo veis, el enemigo gana terreno: el fuego devora la ciudad. Luis de Hungría se aproxima.

MARIA. Perdon!!

ALMIR. Dentro de un instante los soldados invadirán este palacio, y ya lo sabeis, no os espera la cautividad, sino la muerte. Apresuraos. Todavia es tiempo... Una palabra y os habeis salvado.

MARIA. Piedad, Almirante, piedad!!

ALMIR. No saldreis de aqui sino casada ó muerta. Elegid. (*Gritos cercanos.*)

MARIA. Van á matarme!! Voy á morir sin tener tiempo para encomendarme á Dios. Esto es horrible. Yo no quiero morir. Salvadme, Almirante, salvadme.

ALMIR. Consentís? (*Con alegria*)

MARIA. (*Con dignidad.*) No, señor Almirante, obedezco.

ALMIR. (*Arrastrándola hasta la puerta del oratorio.*) Venid.

ESCENA XI.

ALMIRANTE, *solo. Queda un momento mirando por la puerta de la capilla.*

El sacerdote conoce ya mis intenciones, y está ejerciendo su santo ministerio. Pero y si Maria rehusa? no; está tan turbada por el miedo que no tendrá fuerzas para pronunciar un no. Ahora que vengan los enemigos. Aqui me encontrarán con la espada en la mano y antes de entrar en este oratorio tendrán que matarme. El ruido se va aproximando: dentro de pocos momentos quizá será tarde y no podremos salvarnos.

Cuánto tarda ese sacerdote! (*Dirigiéndose á la ventana.* El tumulto es cada vez mas espantoso. Ya se acercan á palacio y los centinelas huyen despavoridos. Maldicion. Todo se ha perdido!!

ESCENA XII.

MARIA, ROBERTO *y el* ALMIRANTE, *poco despues soldados.*

MARIA. (*Saliendo precipitadamente del oratorio.*) Dejadme, dejadme, es imposible que ese hombre sea mi esposo.

ROBERTO. Qué significa esto, padre mio? (*Con indignacion.*)

ALMIR. Mi hijo es vuestro esposo, señora; dejaos de quejas inútiles: no tenemos tiempo que perder.

MARIA. Huyamos, huyamos!!

ALMIR. Necesitamos gentes que nos defiendan. (*Abriendo la puerta de la derecha.*) A mí mis valientes. (*Salen varios guardias marinas.*) Marchemos por aqui. (*Se oye un fuerte estrépito y las puertas del salon se abren violentamente.*)

MARIA. Ya es tarde. Dios mio!!

ROBERTO. Antes de llegar á vos pasarán sobre mi cadáver.

ESCENA XIII.

DICHOS: SANTIAGO DE ARAGON. *Soldados y pueblo.*

PUEBLO. Viva el vencedor, viva Santiago de Aragon!!

MARIA. Santiago!! Dios sin duda te envia á mi socorro.

SANT. Tranquilízate Maria. Contra toda prevision la victoria ha coronado nuestros esfuerzos. Luis de Hungria se retira apresuradamente, dejando el campo cubierto de cadáveres. Nápoles está libre.

MARIA. Libre!!! De manera que esos gritos, esos furores que tanto miedo me han causado, la muerte que tan próxima creia...

SANT. Nada de eso existia. Pero qué significa esa emocion? Solo veo á tu lado, fieles servidores, amigos leales.

MARIA. Amigos, amigos!! Santiago de Aragon te pido que castigues á Reinaldo y á Roberto de Baux, como culpables de alta traicion.

SANT. Miserables. (*A sus soldados.*) Prendedlos. (*Los soldados se adelantan, pero los guardias marinas se interponen*)

ALMIR. Príncipe de Aragon, me retiro: pero mañana reclamaré á Maria de Durás como la esposa de mi hijo.

SANT. Qué significa!!

MARIA. Oh Santiago, véngame.

ALMIR. Ven Roberto. (*Roberto permanece inmóvil.*) Sígueme te digo.

ROBERTO. (*Abriéndose paso por entre sus soldados.*) No padre mio. La Duquesa decidirá de mi suerte. Que me mande matar ó que reconozca mis derechos.

ALMIR. Imprudente!

SANT. Tus derechos!!! Soldados, cargadle de cadenas.

ALMIR. Pronto volveré.

SANT. Vuestro hijo queda en rehenes: la Reina decidirá de su suerte.

MARIA. (*Aparte.*) La Reina!! Ah!! soy perdida.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon del Palacio; en el fondo una puerta con cortinas; á la derecha otra puerta; á la izquierda una puerta secreta.

ESCENA PRIMERA.

CARDENAL, *dirigiéndose hácia la puerta secreta.*

Vamos á ver si han cumplido mis órdenes. (*Guardándose la llave.*) Pero qué ruido es ese? *(Viendo entrar á Benganar.)* Ah! Benganar! No podias llegar mas á propósito.

ESCENA II.

EL CARDENAL, BENGANAR.

CARD. Y Luis de Hungria.

BENG. Cerca de Nápoles, monseñor; ha conseguido llegar hasta el castillo de Aversa sin ser reconocido. Espera con impaciencia recibir noticias.

CARD. Traes despachos?

BENG. Ninguno; el rey me ha ordenado permanecer aqui el menos tiempo posible, y volver cuanto antes á su lado. Espero vuestras órdenes.

CARD. Vas á recibirlas. Pero no puedes part r en eso traje.

BENG. Perded cuidado, me disfrazaré de modo que nadie pueda reconocerme. Podeis con toda seguridad confiarme me vuestros despachos.

CARD. No quiero confiar al papel lo que solo los oidos deben recoger. Escucha.

BENG. Ya atiendo, monseñor.

CARD. Di al rey de Hungria que muy pronto espero tener en mis manos las pruebas de la culpabilidad de Juana.

BENG. Pero, monseñor, habiendo sido absuelta por el Papa Clemente...

CARD. Di al rey de Hungria, que todo me induce á creer que esas pruebas estan en poder de Maria Durás.

BENG. Maria no acusará nunca á su hermana.

CARD. Díle que no se aleje de las inmediaciones de Nápoles, y de aqui á pocos dias, las puertas de la ciudad, que no ha podido abrir á viva fuerza, se abrirán por sí mismas delante de él.

BENG. El rey Luis me ha encargado os pida noticias acerca del matrimonio de la Reina con el príncipe Santiago de Aragon.

CARD. Díle que esa union no se verificará.

BENG. Sin embargo, monseñor, aseguran que esta mañana lo ha anunciado la Reina en presencia de la córte.

CARD. Díle que esa union no puede tener lugar. Véte, y no olvides nada de lo que te he dicho.

ESCENA III.

CARDENAL, BENGANAR *y un* OFICIAL.

OFICIAL. Un anciano, que no quiere decir su nombre, solicita la honra de hablaros.

CARD. Un anciano! Ya lo habia olvidado! Hacedle pasar; y tú vé á cumplir las órdenes que te he dado.

ESCENA IV.

CARDENAL, *solo.*

Todo marcha á medida de mis deseos. Duquesa de Durás, Juana de Nápoles, Luis de Hungria, por muy

poderosos que seais, en esta ocasion no sois mas que instrumentos dóciles que obedeceis al impulso de mi voluntad.

ESCENA V.

CARDENAL *y el* ALMIRANTE. *El Almirante se aproxima lentamente embozado en su capa.*

CARD. Podeis desembozaros, señor Almirante, estamos solos.

ALMIR. Fiado en vuestra proteccion, fiado en la de Luis de Hungria, á cuyos pies me he arrojado, me he atrevido á volver á Nápoles y á entrar en este palacio, á riesgo de encontrar la muerte. Pero lejos de Nápoles, estaba lejos de mi hijo, ignoraba cuál era su suerte, y sufria tormentos sin fin. Tened piedad de mi inquietud, de mi temor, y decidme cuál es la suerte de mi pobre hijo.

CARD. Vuestro hijo está en un calabozo esperando su sentencia...

ALMIR. Tal vez de muerte?

CARD. Todo lo hace temer.

ALMIR. Y la Duquesa no le perdonará?

CARD. De ningun modo.

ALMIR. De manera que todo está perdido?

CARD. Solo un medio hay de salvarle.

ALMIR. Oh! hablad, monseñor!

CARD. Si por mis cuidados obtuviese vuestro hijo, no solo el perdon, sino su rango en la corte como esposo de María de Durás, podrá contar con vos Luis de Hungria?

ALMIR. Por salvar á mi hijo daria la existencia.

CARD. De modo que vuestros soldados, vuestros navios...

ALMIR. Serán suyos el dia en que Roberto quede libre.

CARD. Me falta haceros una pregunta. Seria posible que perdonando Juana á vuestro hijo os perdone tambien á vos y os conserve el cargo de gran Almirante. Si esto sucediese, puede Luis contar con vos?

ALMIR. Estad tranquilo, monseñor. Si la Reina me concede el perdon y me acuerda su favor, no seré tan ciego que no reconozca de donde proviene. Creeré que Juana solo ha sido el instrumento de una voluntad secreta, de la vuestra, monseñor; y mi gratitud se conservará íntegra para los que la hayan merecido.

CARD. (*Acompañándole hasta la puerta.*) Me habeis comprendido perfectamente. Dispensadme; pero tengo necesidad de estar solo. El oficial que os ha introducido os conducirá á una habitacion retirada donde nadie podrá descubriros. Cuando debais ver á la Reina yo os mandaré á buscar. Entre tanto rogad á Dios que me inspire. Hasta luego.

ALMIR. Hasta luego, señor Cardenal.

CARD. Ahora vamos á buscar á Maria. (*Abre la puerta secreta y saca á Maria.*)

ESCENA VI.

MARIA, *el* CARDENAL.

MARIA. Mil gracias, padre mio, por haber cumplido vuestra promesa, sacándome del claustro donde estaba encerrada; pero terminareis vuestra obra. No es verdad?

CARD. Tranquilizaos. Nada se opondrá á vuestra permanencia en este palacio.

MARIA. Habeis hablado á Juana?

CARD. Todavia no; pero á riesgo de incurrir en su desgracia os facilitaré hoy mismo una entrevista con ella.

MARIA. Cuán bueno sois!!

CARD. Dentro de media hora pasará por esa galeria; yo procuraré que se detenga un momento en el salon inmediato, y vos saldreis cuando os parezca oportuno, á pedirla justicia.

MARIA. Y me la concederá, porque asi debe ser. No es verdad que el hombre que ha usurpado el título de mi esposo es culpable de alta traicion? No es verdad que no merece perdon, y que semejante ultraje solo puede vengarse con la muerte.

CARD. Duquesa de Durás, á pesar del interés que me inspirais nada puedo deciros. Solo la Reina...

MARIA. Ese nombre de reina me asusta. Porque no decis Juana, mi hermana. No tengo el derecho de llamarla asi?

CARD. Sin duda. La voz de la sangre hablará en vuestro favor, pero sin embargo, no os entregueis á una ciega esperanza...

MARIA. Explicaos.

CARD. No estamos aun seguros de lo presente. Cómo podremos responder del porvenir?

Maria. Y qué nuevas desgracias pueden sucederme? Alejada de la córte por órden de Juana, casi prisionera en el retiro que me habia señalado, no sabia sino vagamente lo que sucedia en este palacio. Sola con mi tristeza y mi desesperacion, esperaba vanamente á Santiago. Hice preguntar á Juana, por qué me olvidaba, por qué no venia á verme, y me respondió que habia salido de Nápoles.

Card. (*Con viveza.*) Os han engañado, señora.

Maria. Y con qué objeto, Dios mio!!

Card. La pasion es mala consejera, hija mia.

Maria. Y la pasion domina á Juana? No es eso lo que quereis decir? Lo sospechaba, pero no me atrevia á creer una traicion tan infame. Sabia que Juana amaba á Santiago de Aragon, pero aunque la juzgaba bastante apasionada para declararme una guerra abierta y combatir con armas iguales, no la creia tan imprudente y vil que se aprovechase de mi desgracia para perderme. He creido que Juana era siempre mi hermana y me he engañado. Ahora lo comprendo todo. Diciéndome que Santiago estaba fuera de Nápoles, me ha engañado. Santiago no se ha separado de su lado. Juana ejerce sobre él una influencia continua. Mi hermana me ha hecho traicion. Pero y él, padre mio! (*Con ansiedad.*)

Card. Pobre niña. Quizá seais la única persona en Nápoles que ignora el próximo casamiento de Santiago de Aragon con la reina Juana.

Maria.. (*Dando un paso hácia atrás.*) Eso es falso. Eso es imposible.

Card. Ese casamiento es inevitable; nada hay que pueda impedirlo.

Maria. Nada puede impedir ese casamiento, señor Cardenal? Es decir que no hay ya sobre la tierra ni lealtad, ni fé, ni honor. Nada podria impedirle... Es decir, que mientras yo sufro y lloro, ellos se reirán de mi dolor y de mis lágrimas? Es decir, que armada de su doble título de reina y de hermana, una mujer podria quitar á otra hasta el derecho de quejarse y gritar venganza?.. Oh!! yo probaré lo contrario, y entonces desgraciada Juana, porque yo llamaré tambien en mi ayuda el asesinato y la traicion.

Card. (*Con alegria.*) Cuidado con lo que decis: el Papa ha de-

clarado á Juana inocente, y sin pruebas nadie tiene derecho...

MARIA. (*Con agitacion.*) Y si esas pruebas existiesen.

CARD. Pero no existen.

MARIA. Y si una mano vengadora las agitase á la faz del mundo?

CARD. Entonces nada de fiestas, ni felicidad, ni casamiento. En lugar del porvenir de alegria y ventura que la sonrie en este momento, Juana no tendria en perspectiva otra cosa que la pérdida de su corona, la confiscacion de sus bienes, el destierro...

MARIA. (*Aterrorizada.*) Y tal vez el cadalso! Qué he hecho yo, Dios mios! Qué es lo que me he atrevido á decir! Padre mio, no hagais caso de las palabras insensatas que me arranca el dolor! Ya lo veis, estoy fuera de mí; el sufrimiento me extravia; no tengo conciencia de mis palabras ni de mis acciones. Yo amenazar á mi hermana! Querer perderla! Oh! jamás! Si mi boca ha proferido injurias, mi corazon las desaprueba! Decidme que no os acordais de nada, que no me habeis oido!... (*Arrodillándose.*)

CARD. Levantaos, hija mia, enjugad vuestras lágrimas, y pedid al cielo la fuerza suficiente para hablar á la Reina. Por aqui podeis ver cuando pase.

MARIA. Gracias, padre mio.

CARD. Es tarde, y tengo que reunirme con S. M. Mientras esperais el momento supremo que ha de decidir de vuestro porvenir, fortificaos con la idea de Dios.

MARIA. No me decis que espere?

CARD. La esperanza y la desesperacion estan en las manos de aquel á quien os aconsejo imploreis.

MARIA. (*Callendo de rodillas.*) Dios mio, protegedme!

ESCENA VII.

MARIA, *sola.*

Se acerca el momento que debe decidir de mi suerte. En tan terrible trance, Dios mio, dadme fuerzas suficientes para ver á Santiago al lado de mi hermana, para verle prodigarla miradas y sonrisas! Allí estan, me ocultaré hasta que sea tiempo.

ESCENA VII.

La Reina, *el* Cardenal, Santiago de Aragon, *Damas, caballeros y guardias.*

Reina. (*A una de sus damas.*) Hace hoy calor sofocante; la atmósfera está llena de vapores, y segun creo, el Vesuvio amenaza con una nueva erupcion.

Dama. Si, señora, y Nápoles está aterrorizado...

Reina. Pues yo desearia poder asistir á ese sublime espectáculo, aun cuando tuviese que ir sola hasta el pie de la montaña.

Dama. Todas seguiriamos á Vuestra Majestad.

Princ. (*Aproximándose á la Reina.*) Tengo que hablaros.

Reina. Duquesa de Cosenza, deseo permanecer un momento en este salon. Haced los honores de la corte durante mi ausencia. (*Salen todos menos la Reina y el Príncipe.*)

ESCENA VIII.

Reina *y* Santiago.

Reina. Querias hablar conmigo? Yo tambien deseaba escucharte, porque tú estás triste. Sufres?

Sant. Si, Juana, tengo una gracia que pediros.

Reina. Qué puedo yo rehusar al elegido de mi corazon? Habla, qué quieres?

Sant. Quiero que nadie pueda decir que Santiago de Aragon ha cometido una cobardia. Quiero que la voz del amor no me impida escuchar la del honor. Quiero que la felicidad no me haga olvidar á aquellos á quienes he ofrecido amparo y proteccion. (*Aparece Maria mirando por entre el tapiz de la vuerta del fondo.*)

Reina. Qué es lo que pides?

Sant. Que pongan en libertad á Roberto de Boux.

Reina. Para qué?

Sant. Para qué? Para que pueda desafiarle, para librar á Maria, para vengar á vuestra hermana!

Reina. Vengarla! Vengar á Maria! Y por qué medio, Dios mio? Abandonando á las armas el resultado? No lo has pen-

do bien! Si él te mata, mi vida está unida á la tuya, y muero! Si eres tú quien le matas, Maria vuelve á quedar libre, y quizá entonces dirás que el honor exige que la vuelvas tu fé. No sé si te comprendo, Santiago. Tú la amas todavia!

SANT. Cómo puedes pensarlo? Si me acusas de indiferencia es que te gozas en oirme repetir que Maria, á quien tanto amaba solo, es para mí un recuerdo. Dices que tienes celos, y demasiado conoces que contigo no hay rivalidad posible. Dices que amo aun á Maria y sabes que gracias á tus esfuerzos para arrancar de mi corazon esa afeccion que le llenaba como la sangre llena las venas, he sido bastante olvidadizo, bastante infame para aplaudir la suerte que nos separa. En fin, Juana, dudas de mí, y sabes que lejos de tu presencia no vivo. Tranquilízate, Juana. Con esa voz que atrae, con esa mirada que fascina, ejerces sobre mí un poder irresistible. Qué me importa la lucha, los remordimientos? Es necesario seguirte á donde tu voz manda, y el corazon que te ha pertenecido una vez, no late, no siente, no existe sino para tí.

REINA. Asi es como deseo ser amada.

SANT. Cualquiera que sea el nombre que des á mi pasion, debes estar contenta con tu victoria, porque tenia en el corazon un amor que era mi vida, y he podido sacrificártele sin morir.

REINA. Tus palabras me llenan de alegria. Si, creo en tu ternura. Pero si tienes piedad de mí, desecha tan sombrios pensamientos. No diriamos sino que una dichosa casualidad nos acerca mas y mas destruyendo todos los obstáculos que se elevan entre nosotros. En cuanto á Maria no pensemos mas en ella.

SANT. Oh Juana!!

REINA. Y aunque la vengases quedaria por eso reparada la injuria! Qué fuerza humana puede destruir los decretos de la Providencia? No ha santificado la Iglesia la union de Moberto y Maria? Qué mano osaria romper los lazos que un sacerdote ha consagrado!

SANT. Si, tienes razon; hay obstáculos contra los cuales los esfuerzos mas valerosos se estrellan inútilmente. Maria está condenada, y su desgracia...

REINA. Es irreparable. Asi, Santiago, no vuelvas los ojos á lo

pasado si no quieres que dude de tu amor. Maria es un alma débil que se doblega fácilmente. A nosotros nos toca compadecerla, á ella resignarse.

SANT. Dirás todavia de que no tienes ninguna influencia sobre mí? Me llamas y vengo á arrojarme á tus pies; me ordenas olvidar todo lo existente, olvidar á Maria, y en seguida su recuerdo se borra de mi alma y no pienso mas que en tí. Estás contenta, Juana, estás segura de tú triunfo?

REINA. Sí, porque tengo fé en tu amor. Y ahora, Santiago, ocupémonos solo de nuestra felicidad. Todos saben en Nápoles ó sospechan por lo menos el gran suceso que se prepara y que vá á engañar la esperanza, y á humillar el orgullo de muchos soberanos. Esta tarde te presentaré á mi córte como el elegido de mi corazon, como mi futuro esposo. (*Maria entra en el salon.*) Esta tarde, Nápoles repetirá tu nombre con entusiasmo. Mañana la nueva de tu elevacion llenará la Italia entera, y para atraer la bendicion del cielo sobre nuestro reinado, repartiremos beneficios sobre los que sufren y lloran. Haremos felices á los desgraciados.

MARIA. Comienza por tu hermana que te pide justicia y piedad. (*Arrojándose á sus pies.*)

ESCENA X.

REINA, PRINCIPE, MARIA, *y poco despues el* CARDENAL *y toda la servidumbre.*

REINA. Levanta. Mucho me extraña encontrarte aqui á Maria. Te creia tranquila y resignada en el convento de Santa Marta, donde tu posicion excepcional y el sentimiento de tu dignidad te habian ordenado buscar un asilo. La hora y el lugar que has escogido no son los mas á propósito para escuchar tus reclamaciones. Mañana te recibiré en audiencia particular. (*Entra el Cardenal y la servidumbre.*)

REINA. Condesa de Casella, conducid á Maria á la santa casa que ha elegido por asilo. El pueblo espera impacientemente que demos la señal de las fiestas con que Nápoles celabra el aniversario de mi advenimiento. No le hagamos esperar.

MARIA. Ahora lo comprendo todo. Se trata de entregarse á los placeres, y el aspecto de la desgracia os importuna! Se trata de fiestas y me decis que venga mañana! Pero no puede ser asi, señora. Si no somos iguales por el rango, lo somos por el nacimiento. Juana, en nombre de tu abuelo, que fué el mio, en nombre de Roberto de Anjou te pido que me oigas, y me oirás.

REINA. Hablad.

MARIA. Se ha cometido un gran crimen, y pido se que reuna un tribunal para hacer justicia. Un hombre me ha ultrajado indignamente, y pido su muerte.

REINA. Como!! te atreves á pedir la muerte de ese desgraciado, al que te une un lazo santo? No puede ser, Maria! El verdadero culpable no es él, sino el Almirante Meinaldo de Baux, y ese ha huido.

CARD. (*Aparte.*) (Ahora me toca á mí.) Señora, el Almirante no se ha fugado.

REINA. Es decir!!

CARD. Dentro de un instante estará delante de vos, dispuesto á sufrir la suerte que le reserve vuestra clemencia ó severidad. (*Dirigiéndose á un oficial.*) Que introduzcan al Almirante.

ESCENA XI.

DICHOS, *y el* ALMIRANTE.

ALMIR. Perdon, señora, perdon para mi hijo! Si os queda algun recuerdo de mis antiguos servicios, no castigueis al inocente por el culpable. Os juro que he forzado su voluntad; descargad vuestra cólera sobre mí.

REINA. Descansa en nuestra justicia, Almirante; sin duda tus servicios pasados deben pesar en la balanza; pero tu falta es grande.

MARIA. (*Con sorpresa.*) Una falta! Con que ya no es un crimen! La presencia de ese hombre en este sitio es una nueva injuria. Por qué no le prenden? Por qué no le cargan de cadenas? Os tomo á todos por testigos, señores! Este hombre ha ultrajado á la hermana de la Reina, y la Reina no encuentra nada que decir, nada que hacer para vengar y consolar á su hermana.

REINA. (*Con altaneria.*) Duquesa de Durás, silencio! Ese hom-

bre suplica, y tú amenazas; ese hombre pide piedad, y tú gritas venganza. Él ha comprendido su papel mejor que tú, y no olvida que solo mi voluntad es la que reina aqui.

MARIA. Entonces que esa voluntad decida.

REINA. Mi voluntad es perdonar al Almirante en razon á sus buenos servicios. Luis de Hungria no ha renunciado á sus locas pretensiones, y ahora mas que nunca tenemos necesidad de servidores fieles. Aqui teneis mi mano, Almirante *(El Almirante se arrodilla y se la besa.) Levantándole.)* Procura hacerte digno del perdon de tu Reina.

ALMIR. Y mi hijo, señora? Nada me decis de mi hijo?

REINA. Roberto será reconocido solemnemente por el esposo de mi hermana. Quiero que marche al igual de los primeros señores de mi reino.

MARIA. Es un sueño!

SANT. *(A la Reina.)* Ese rigor es horroroso.

REINA. *(A Santiago.* (Este rigor es necesario.) Cardenal, hacedla comprender que Dios exige ese sacrificio; enseñadla á resignarse. Vamos, señores!

ESCENA XII.

MARIA, *el* PRINCIPE, *el* CARDENAL. *El Príncipe acompaña á la Reina hasta la puerta, y vuelve precipitadamente á la escena.*

SANT. Esa venganza que os rehusan, la quereis aceptar de mi mano, Maria?

MARIA. *(Mirándole como sin conocerle.)* Vos amais á esa mujer, no es verdad? Vos la amais?

SANT. Maria, es vuestra hermana...

MARIA. Vos la amais?

SANT. Es la Reina...

MARIA. La amais? responded de una vez.

SANT. Maria! *(Con abatimiento.)*

MARIA. Ni una palabra mas; dejadme, os lo suplico. *(Santiago se retira conmovido.)*

ESCENA XIII.

CARDENAL, MARIA.

CARD. A los que sufren en la tierra, les queda el cielo por

refugio. Rudas pruebas os esperan aqui; pero Dios os dará la fuerza necesaria para soportarlas. Creedme; no ofendais á la Reina con una resistencia obstinada; obedecedla!

MARIA. Obedecerla!

CARD. Es vuestro deber. Ademas, Roberto es un noble caballero...

MARIA. (*Con ironia.*) Es verdad.

CARD. Y á fuerza de amor y arrepentimiento, conseguirá haceros olvidar su crimen.

MARIA. (*Con ironia.*) Teneis razon, padre mio.

CARD. La Reina es muy jóven, y el bien del reino exige que tenga el apoyo de un esposo. Querreis vos crearla nuevos disguntos estorbando su casamiento con el príncipe Santiago?

MARIA. En efecto; no me es permitido á mí, simple duquesa de Durás, entreveer los intereses del Estado, ó hacer sombra á la felicidad de la Reina. Qué importa mi vergüenza, si ha de servir para la gloria de Juana? Qué importa mi esclavitud, si garantiza su libertad? Todo esto es muy justo, y asi debia ser, padre mio; ella usa de su derecho, y yo no puedo hacer mas que someterme y obedecer.

CARD. Vuestra resolucion es sincera?

MARIA. (*Con firmeza.*) Irrevocable; Dios es quien me la inspira.

CARD. Puedo participársela á la Reina, hija mia?

MARIA. Inmediatamente. Pero exijo que mi union se celebre de nuevo, y tenga lugar al mismo tiempo que el casamiento de Juana con el príncipe de Aragon.

CARD. Os aseguro que la Reina accederá á vuestra peticion.

MARIA. No es eso todo. Exijo que Roberto sea conducido delante de mí encadenado, y que sea á mí sola á quien deba su perdon.

CARD. Sereis satisfecha.

MARIA. Con estas condiciones obedeceré. (*Váse.*)

CARD. Cuál será su designio?

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Un subterráneo. Puerta en el fondo, á la izquierda una ventana por la que se vé una plaza con balcones con colgaduras, guirnaldas, etc.

ESCENA PRIMERA.

El CARDENAL *y* BENGANAR.

CARD. Benganar, Benganar. No oyes?

BENG. Me habia quedado un poco dormido. Como he estado en vela toda la noche.

CARD. Es decir que la Duquesa no ha descansado.

BENG. Ni un solo momento.

CARD. No has olvidado nada de lo que te encargué ayer.

BENG. No señor. Me dijisteis que no perdiese de vista á la Duquesa y no me he separado de ella hasta hace un momento. Me dijisteis que la obedeciese, que satisfaciese sus menores caprichos. (*Conmovido.*) Y he cumplido todas vuestras órdenes.

CARD. Cómo ha pasado la noche?

BENG. En la mayor agitacion. Ya paseándose precipitadamente, ya sentándose silenciosa sobre los sepulcros.

CARD. No es ella la que se aproxima?

BENG. Si, señor.

CARD. Déjanos solos.

ESCENA II.

CARDENAL *y* MARIA.

MARIA. (*Acercándose con desaliento.*) Buenos dias, padre mio.
CARD. Qué teneis.
MARIA. Esta noche ha sido muy triste para mí! Pero mi alma se ha fortalecido con la lucha. Podeis anunciar á la Reina que estoy pronta....
CARD. A recibir á Roberto?
MARIA. Si.
CARD. A reconocerle por vuestro esposo?
MARIA. No me he comprometido á ello?
CARD. Y su presencia no despertará en vos alguna duda?...
MARIA. Si alguna tuviese, su vista bastaria para disiparla.
CARD. Hija mia, vuestras órdenes han sido fielmente ejecutadas, y satisfechos vuestros menores deseos. Quisisteis pasar la noche al lado del sepulcro de Cárlos Durás, y las puertas de este subterráneo os han sido abiertas. Deseasteis estar sola, y la Reina prohibió que nadie viniese á turbar vuestro piadoso recogimiento.
MARIA. (*Con amargura.*) Ya sé que la Reina es buena.
CARD. No decis lo que pensais; vuestros sentimientos con respecto á Juana....
MARIA. Que desconfia de mí y os ha encargado que trateis de sondearme.
CARD. La Reina solo se ocupa de su matrimonio.
MARIA. Y él, padre mio?
CARD. Santiago? Parece triste, preocupado....
MARIA. (*Con alegria.*) Basta, basta: haced venir á Roberto.

ESCENA III.

MARIA, BENGANAR.

MARIA. Es preciso acabar de una vez. Benganar? Benganar?
BENG. Qué mandais, señora?
MARIA. Aunque estás al servicio del Cardenal, he puesto en tí toda mi confianza....
BENG. Y podeis estar tranquila. He recibido el dinero y cumpliré lo que he ofrecido. Yo sirvo bien á los que me

pagan, y jamás hago traicion á uno en provecho de otro.

MARIA. Bien. Tu mano es firme?

BENG. Mirad si tiembla.

MARIA. Estás solo?

BENG. Los testigos solo sirven de estorbo.

MARIA. Te acuerdas de la señal?

BENG. Perfectamente. Estaré escuchando, y cuando digais Santiago de Aragon...

MARIA. Entras...

BENG. Descuidad.

ESCENA IV.

MARIA *sola.*

Vá á sonar la hora terrible, y la tierra no se abre bajo mis pies. Los latidos de mi corazon parece que van á romper mi pecho. Dios mio, ved lo que han hecho de mí; de la desesperacion me han conducido á la venganza, al asesinato. Pero aqui está Roberto.

ESCENA V.

ROBERTO, MARIA.

ROBERTO. Me habeis hecho llamar? Me habeis dado la esperanza de obtener mi perdon. Os doy gracias de rodillas.

MARIA. *(Con desden.)* Levantad.

ROBERTO. Conozco la extension de mi delito. Usurpando el nombre de vuestro esposo, haciéndome sin saberlo cómplice de una indigna violencia, solo debo ser á vuestros ojos un objeto de horror y de desprecio. Si hubieseis visto mi dolor y mi arrepentimiento? Me parecia que me tratabais con demasiada indulgencia: encontraba mi cautividad demasiado dulce; en una palabra, deseaba morir.... cuando de repente las puertas de mi calabozo se abren; veo la luz brillante, y una voz amiga me dice: Levántate. Maria te llama, tiene piedad de tí, y quiere perdonarte. Decidme, no me han engañado? es verdad que es esa vuestra voluntad?

MARIA. *(Con severidad.)* Lo dud is, Roberto?

ROBERTO. Al pronto no he querido creerlo, porque mi crimen era tan grande y mi perdon tan poco merecido, que

me parecia imposible. Pero despues me he acordado de que era Maria de Durás que se habia dignado aceptar el socorro de mi brazo. Me he acordado de que era el apoyo del débil y la providencia de los desgraciados. He pensado que la belleza de vuestro rostro, era un reflejo de la belleza de vuestra alma, y que si os era imposible amar al hombre que os habia ofendido tan cruelmente, al menos habriais cesado de aborrecerle.

MARIA. (*Con orgullo.*) Qué decis? Yo no puedo aborreceros, ni amaros. No os conozco. Hablais de vuestros remordimientos, de vuestros dolores, de vuestro arrepentimiento. Y qué me importan? Yo no veo en vos ni un culpable ni un enemigo, sino un obstáculo que impide mi felicidad.

ROBERTO. Qué quereis decír? Si mi muerte es necesaria para vuestra felicidad, ordenad que me den un puñal, que me quiten estos hierros, y aqui mismo, á vuestra vista, le sepultaré en mi corazon. Pero antes, Maria, dejad caer de vuestros labios una palabra, una sola palabra de perdon.

MARIA. Y aun cuando pronunciase esa palabra, creeis que el recuerdo de mi afrenta no viviria eternamente en mi memoria?

ROBERTO. (*Con voz suplicante.*) Maria!

MARIA. No me habeis arrebatado cobardemente mi libertad?

ROBERTO. Ah! Por qué no adiviné el proyecto de mi padre?

MARIA. Vuestro padre! Vuestro padre fué menos culpable que vos.

ROBERTO. Menos culpable!

MARIA. Si; á él le cegaba la ambicion, pero vos no teneis escusa...

ROBERTO. Si, Maria; tengo una muy poderosa; si supieseis...

MARIA. Acabad.

ROBERTO. (*Con pasion.*) Os amaba.

MARIA. Me amabais?

ROBERTO. Y os amo todavia; y este amor es tan intenso, que me hace comprender vuestro aborrecimiento y adivinar vuestras torturas. Ah! no sabeis qué gozo tan grande se apodera en este momento de mi corazon. Esta vida, que la desesperacion me hubiese arrancado: esta vida, que vuestra cólera y vuestro desprecio hubiese terminado, puede servir para asegurar vues-

tra felicidad. Aceptadla, María, y en cambio, dirigid sobre mí una mirada menos severa; dejadme tocar vuestra mano, y decidme, decidme que algun dia olvidareis mi crimen para no acordarme sino de la expiacion.

MARIA. Callaos por piedad! (*Conmovida y llorosa.*)

ROBERTO. Llorais! Una inspiracion, Dios mio, y María me perdona. (*En este momento se oye una música lejana; María se repone rápidamente y dice.*)

MARIA. Qué música es esa? (*Dirigiéndose á la ventana.*) Ah!

ROBERTO. Qué teneis?

MARIA. (*Sin escucharle.*) Ese es el símbolo de la magestad. Cuán falices son todos, todos excepto yo. Huyamos; pero no, contemplemos este horrible espectáculo. Quizá el dolor me arranque la vida, y la muerte seria para mí la felicidad. (*Delirante.*) Cielos! Vienen! Allí estan! Ya los veo. Ese hombre es el Cardenal. La reina le sigue. Santiago de Aragon... (*Entra Benganar.*)

BENG. Quereis seguir?

ROBERTO. Para qué?

BERG. Tengo órden de quitaros esas cadenas.

ROBERTO. Vamos.

MARIA. Dios mio, dónde está vuestra justicia; dónde está vuestra piedad; permitis que se amen, que sus manos se estrechen, que sus sonrisas se confundan, y no me matais. (*Durante este tiempo han salido Roberto y Benganar; María oye el ruido que hace la puerta al cerraose y vuelve la cabeza.*) Deteneos, deteneos. Un asesinato. Yo cometer un crimen! Oh! esto es horrible! Benganar, Berganar, no le mateis. (*Se oye dentro un grito. María ocultando la cabeza entre las manos.*) Muerto! Esto es un asesinato, una traicion. Dios mio, perdon. (*Queda inmóvil hasta que abren la puerta de la derecha, por donde entran la Reina y su acompañamiento.*)

ESCENA VI.

REINA, SANTIAGO, *el* CARDENAL, *el* ALMIRANTE *y acompañamiento.*

REINA. Duquesa de Durás, pensabamos encontraros aquí con vuestro esposo y dispuesta para acompañarnos al altar. Dónde está Roberto? Por qué tienes ese traje?

MARIA. Este traje es el de una viuda.
REINA. Viuda!!
ALMIR. Y mi hijo, dónde está mi hijo?
MARIA. Allí.
ALMIR. (*Corriendo al sitio indicado.*) Muerto, Dios mio! Yo le vengaré.
MARIA. Si, por segunda vez viuda y libre vengo hermana mia á pedirte á mi prometido Santiago de Aragon.
SANT. No os aproximeis; la sangre de la víctima ha caido sobre vos. Desgraciada, os habia ofrecido mi espada y habeis preferido un puñal!
MARIA. Qué dice?
REINA. No lo has oido; te reprocha tu crimen, Maria.
MARIA. Mi crimen?
REINA. No comprendes su enormidad. Atentar á los dias de un esposo, derramar sangre en un lugar sagrado. Tú eres asesina y sacrílega... Arrepiéntete, Maria, si quieres que el cielo...
MARIA. Asesina y sacrílega?
SANT. Si, asesina.
MARIA. Y tú tambien me acusas y me rechazas con horror? Y esta mujer es la primera que me ha lanzado al rostro esos dos nombres, y se atreve á acusarme, y en el fondo de su corazon se regocija de mi mal? Pues bien. Escuchadme; yo la Duquesa de Durás denuncio y entrego á la justicia humana y divina á Juana, reina de Nápoles.
REINA. Ah! soy perdida. (*Aparte.*)
CARD. De qué crímen la acusais.
MARIA. Del asesinato de Andrés, su esposo.
REINA. (*Con autoridad.*) Que se lleven á esa mujer; sin duda olvida que el papa Clemente ha proclamado mi inocencia.
MARIA. Porque no tenia pruebas.
REINA. (*Al Cardenal.*) Imponed silencio á esa mujer, padre mio.
MARIA. Juana, conoces este papel. (*Sacando uno del pecho.*) Es la carta que escribistes á Bertrand de Artois el mismo dia en que empezó tu primera viudedad. Bertrand de Artois te amaba como un insensato; le ordenastes que asesinase á su señor y al tuyo, y te obedeció. El desgraciado no debia encontrar piedad, porque tú fuistes la

primera que le acusastes. Creias que esta prueba estaba perdida. Pero no, Carlos de Durás supo procurársela, asi como el cordon de seda y oro que su muerte ha hecho pasar á mis manos. (*Arrojándola la carta y el cordon.*)

REINA. (*Consternada.*) Ah!!

MARIA. El sentido de esta carta no puede ser mas claro. Ya no soy yo sola la malvada. (*Con fuerza.*) Santiago de Aragon, cásate con esa mujer, si crees aun en su sonrisa, en su amor. Y tú, Juana, qué dices de mi venganza? Es terrible, no es verdad? Y sin embargo, es menos espantosa que justa. Ya sé que al perderte me he perdido á mí misma. Pero qué me importa caer en el abismo si te arrastro á él conmigo?

SANT. Es cierto!! (*La Reina inclina la cabeza sin responder.*)

CARD. Despues de la acusacion, el castigo; en nombre del papa Urbano, cuyo representante soy. Atendiendo á que la reina Juana ha usurpado la absolucion por medio de una odiosa mentira, la declaro desposeida de sus derechos al trono y separada de la Iglesia. Ordeno á todos los fieles que se alejen de su contacto, que la rehusen el pan y el agua, que no la concedan asilo, y la arrojen de todos los sitios como excomulgada y maldita.

PUEBLO. Excomulgada y maldita!!

REINA. (*Suplicante.*) Padre mio, retractad esa sentencia. (*El Cardenal se aleja.*)

REINA. Santiago, tu mano! (*Santiago se aleja tambien.*)

REINA. Y vosotros, mis fieles servidores, me abandonareis tambien. (*Todos retroceden y salen en tropel.*)

ESCENA VII.

REINA, MARIA.

REINA. Todos huyen de mí como si mi presencia les causase terror.

MARIA. (*Acercándose á Juana.*) Por qué nos abandonan todos. Tengo miedo de estar sola...

REINA. Porque me has acusado, porque has asesinado á Roberto, porque el Cardenal me ha excomulgado.

MARIA. Ah! (*Cae desmayada y baja el telon.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO QUINTO.

Sala de un viejo castillo.—A la izquierda una ventana ; puerta en el fondo y á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

REINA, *sola.*

Solo, siempre sola. Todos me han abandonado, todos han reusado seguirme, y sin la piedad de esas dos mujeres que no han temido sacrificarme su reposo, hubiera muerto de miseria y de hambre. La maldicion es como la peste; abre un abismo ante nuestros pies, y desierto en nuestro torno. Este es el mundo; todos debian huir de mí, porque si bien la reina de Nápoles tenia derecho al respeto del pueblo, Juana, la maldita, no merece mas que el desprecio. Todos huyen, y Santiago tambien. Ah! pero me queda aun mi hermana, que no se ha atrevido á presentarse, sin embargo de estar en este mismo castillo. Está en esa habitacion, tan triste como yo... Si pudiese hacerla salir aqui?.. Maria?.. Maria?..

ESCENA II.

REINA, MARIA.

MARIA. Quién llama?

REINA. (*Turbada*) Yo, que deseaba hablarte...

MARIA. (*Con emocion.*) Juana, te causo horror, no es verdad? Oh! escúchame sin cólera! Solo deseaba verte, pedirte perdon y partir.

REINA. Partir!! Oh! no, no. Quédate; te lo suplico.

MARIA. Me suplicas que me quede. Ah! debo pedirte perdon de rodillas (*Arrodillandose.*) de todo el mal que te he hecho.

REINA. Justo cielo! Y tú te acusas...

MARIA. No; son mis crímenes demasiado numerosos?

REINA. Tus crímenes; compáralos con el que yo he cometido contigo, y verás que él solo los vale todos. Tú no has recibido mas que un solo golpe, Maria; pero te he herido en el corazon.

MARIA. Con que no me maldices? (*Volviendo á arrodillarse.*) Ah! Mil gracias!

REINA. (*Alzándola y abrazándola con entusiasmo.*) No es ese tu lugar, sino aqui, junto á mi corazon. Olvidemos ese pasado terrible, que á las dos nos asustaria. Dios nos ha reunido... gocemos este momento de felicidad.

MARIA. Si, al fin he encontrado á mi hermana.

REINA. Siempre eres tú la que te sacrificas. Pero, tengo yo la culpa si soy esclava de mi corazon, á despecho de mi voluntad? En este momento, Maria, rendida aun por tantas emociones encontradas, mi alma se lanza hácia un pasado que detesto; pienso en ese infernal amor que nos ha desunido, y deseo pronunciar un nombre que nunca debia sonar entre nosotras.

MARIA. Pronúnciale, hermana mia; no hablemos sino de Santiago.

REINA. Dónde está? Qué hace? (*Aterrada.*) Ha muerto?

MARIA. Tranquilízate; sabe el sitio en que estás refugiada, y vendrá cuando menos lo esperes.

REINA. Oh! que dia tan feliz. Santiago vá á venir, he vuelto á ver á mi hermana, y la he abrazado. Gracias, Dios mio, gracias! (*Suenan dos golpes en la puerta del fondo.*)

MARIA. Quién será?

REINA. Ocúltate; es el Almirante que te persigue sin descanso.

MARIA. El Almirante! Y qué quiere? (*Vuelven á llamar.*)

REINA. No lo sé; pero, en nombre del cielo, te suplico que te escondas.

ESCENA III.

REINA *y el* ALMIRANTE.

REINA. Venis á perderme.
ALMIR. Vengo á salvaros.
REINA. Salvarme!
ALMIR. Os habeis resignado á vuestra suerte?
REINA. Y qué puedo pretender sin recursos, sin amigos?
ALMIR. Amigos! La miseria los aleja, la riqueza los aproxima.
REINA. Nada puedo ya esperar. El anatema que pesa sobre mí...
ALMIR. Teneis mas que declararle sin valor?
REINA. No veo ningun medio...
ALMIR. Quién os ha destronado: el Padre Santo? Quién os ha excomulgado? el Padre Santo, puesto que ha aprobado cuanto ha hecho el Cardenal. Pues bien, quitad al Padre Santo su título en que estriba todo su poder, y su decision no tiene ningun valor. Trece cardenales acaban de elegir por Papa á Clemente VII; apoyad las pretensiones de Clemente contra las de Urbano, y os habeis salvado.
REINA. Qué es lo que me aconsejais? El Papa es el elegido de Dios, y es atentar á nuestra santa madre la Iglesia...
ALMIR. No es sino elegir otro jefe. Firmad este pergamino y yo respondo de todo. Y en vez de arrastrar una vida miserable, recobrareis vuestra corona.
REINA. Cualesquiera que sean vuestras intenciones, me importan poco; voy á firmar, porque para nada quiero la vida si no recobro mi posicion y mis riquezas. (*Firmando.*)
ALMIR. Dentro de media hora vendré á comunicaros el resultado. (*Aparte.*) Ah! Ya eres mia!

ESCENA IV.

REINA, MARIA.

REINA. (*Abriendo la puerta del gabinete.*) Has oido?
MARIA. Si, y todavia estoy temblando...
REINA. Qué temes?

MARIA. Todo de parte de ese hombre, cuya alma es un misterio inexplicable, y que nunca retrocede ante un combate ó una traicion, si puede servir á sus proyectos de venganza.

REINA. Poco me importa. No he descendido paso á paso por la senda del crimen y de la desesperacion? Seria muy cobarde si retrocediese ante esta última tentativa. Una voz secreta me dice que puedo aun esperar un porvenir glorioso.

MARIA. Ten cuidado, Juana. Si fuese tan solo un lazo!...

REINA. Voy á descansar un momento en ese gabinete; estoy rendida de fatiga.

MARIA. Duerme tranquila, yo velaré tu sueño.

ESCENA V.

MARIA.

Cuáles serán las intenciones de Santiago? Seguirá amando á Juana, ó querrá perderla? Es necesario que yo averigüe... Voy á hacer una señal para que suba, ahora que no está aqui mi hermana. (*Se asoma á la ventana.*) Me ha comprendido, y sube.

ESCENA VI.

MARIA *y* SANTIAGO.

MARIA. Juana no está, podeis pasar.

SANT. Estais bien segura...

MARIA. A qué esa pregunta? Temeis que la Reina...

SANT. No puedo, no quiero verla!

MARIA. Qué lenguaje! Habeis olvidado...

SANT. No, me acuerdo perfectamente.

MARIA. No ha sido la elegida de vuestro corazon?

SANT. Decid mas bien, el demonio de mi vida.

MARIA. Entonces, qué venis á buscar aqui?

SANT. Juana no ha venido sola; vengo á buscar á una de las que la han acompañado.

MARIA. Y á quién?

SANT. A su hermana.

MARIA. Santiago, qué quereis decir?

SANT. Que he sufrido mucho, y que es necesario que mi dolor estalle. Que he callado demasiado tiempo, y que es necesario que hable. A la sola imágen, al solo nombre de Juana, siento que mis ojos se humedecen, que mi corazon late con violencia. Pero estas emociones tan distintas de las que experimentaba en otro tiempo, eran para mí un misterio. Queria interrogarme, y solo encontraba duda y contradiccion. Veia á la Reina desgraciada sin compadecerla, sabia que habia huido y no la seguia. De qué provenia este cambio? Era el asesinato de su esposo, ó el castigo de la Iglesia el que quitaba á Juana el prestigio que me habia seducido? No; esto no podia ser, porque quien dice amor, dice misericordia infinita. Entonces, pregunté á mi corazon la causa de esta diferencia y me respondió: Maria!

MARIA. Ah!

SANT. Si, Maria, tu recuerdo es el que ha perdido á Juana. Quizá hubiese encontrado una excusa á todas sus faltas, un perdon á todos sus crímenes. Pero verte reducida al infortunio, á tí tan buena, haberte conducido desde la inocencia á la idea del crimen, desde la desesperacion al asesinato! Hé aqui lo que me ha parecido odioso, porque te amo.

MARIA. Vuestro corazon ya no me pertenece!

SANT. Ni un momento he dejado de amarte. Escúchame.

MARIA. Callad! Callad! Escucharos seria entregarme por segunda vez á la tortura de los celos: si diese oidos á lo que me decis, no tendria valor para ser generosa. Retiraos, retiraos, habeis vuelto á mí muy tarde!

SANT. Nunca es tarde para volver la vida á un morirundo! No, Maria, eso no puede ser! No serás inflexible, Maria, porque te amo!

ROBERTO. *(Con fuerza.)* Mentis, caballero!

ESCENA VII.

MARIA, SANTIAGO *y* ROBERTO.

SANT. Roberto! *(Con cólera.)*

MARIA. Roberto vivo? Ah! gracias, Dios mio!

ROBERTO. *(Dando un paso hácia Santiago.)* Si, mentis! Os atreveis

á decir que la amais? Amarla! Sabeis el sentido de esta sublime palabra? Amar á Maria, vos, que habeis sido siempre su implacable, su mas cruel enemigo? Venis á hablarla de amor, vos que habeis sacrificado el amor á la ambicion, vos á quien la esperanza de una diadema ha hecho cobarde y perjuro?

SANT. Roberto!

ROBERTO. (*Sin escucharle.*) Si la hubieseis amado, hubieseis separado la vista de la corona por temor de que os deslumbrase su brillo. Me hubieseis matado á mí, vuestro audaz rival, á mí, que no debia morir sino por vuestra mano; á mí, á quien la impunidad ha hecho vuestro igual, y á quien habeis dado el derecho de venir á deciros cara á cara: «cesad de turbar á esta mujer, porque no la amais.»

SANT. Miserable!

ROBERTO. (*Con autoridad.*) Silencio, caballero! Estais delante de la Duquesa de Durás, y yo soy su esposo!

SANT. Su esposo!

ROBERTO. Si. El hombre que ha amado á Maria es el que durante seis meses la ha rodeado de cuidados y atenciones, el que solo con ella, y dueño de su destino, no ha dejado escapar la confesion que abrasaba sus labios, el que despues de haber cometido, sin saberlo, el acto mas violento y mas indigno, ha contado con su ternura para alcanzar su perdon. El hombre que ha amaba á Maria es el que, herido por su órden, ha bendecido la mano que le heria; el que arrojado moribundo sobre el marmol de un sepulcro, no se ha esforzado en retener la sangre que se escapaba de su herida sino para ahorrarla un sombrio porvenir de angustias y remordimientos. Tú te habias extraviado, Maria, pero no eras criminal! Olvida ese horrible dia! Eres inocente! yo soy la prueba viva, irrecusable! Levanta la cabeza, Duquesa de Durás; solo yo podia ser tu juez, y tu juez viene á caer á tus plantas. (*Arrodillándose.*)

MARIA. Él á mis pies!

SANT. De pie, caballero, de pie. Antes de implorar la clemencia de una mujer, es un deber de un hombre arreglar sus cuentas de honor; demos tregua á inútiles reproches. Tenemos detras de nosotros un pasado de lágrimas, de perjurio y desesperacion, cuyas huellas debemos

lavar con sangre.

ROBERTO. Un duelo. Por qué no lo habeis dicho antes? Mañana estaré á vuestras órdenes.

SANT. Y por qué esperar á mañana; hoy mismo, ahora...

ROBERTO. No me negareis ese plazo; le necesito para salvar á Maria, pasa salvar á Juana.

MARIA. Salvarnos, y de qué peligro?

ROBERTO. Del mas espantoso de todos. Atraido á este castillo por la esperanza de encontraros, me he confundido con los hombres de armas que guardan la ciudadela y he descubierto un secreto terrible. Este monasterio debe ser la tumba de Juana.

MARIA. Cielos!!

SANT. Es necesario que salga hoy mismo de Italia ó está perdida.

MARIA. Sin embargo, acaban de hacerla mil ofertas...

ROBERTO. Debe rechazarlas.

MARIA. Un hombre que se llama su amigo la ha comprometido á firmar una protesta contra los derechos del Padre Santo.

ROBERTO. Ese amigo es un traidor; esa protesta es su sentencia de muerte.

MARIA. Es posible!

ROBERTO. Pero cómo no ha conocido Juana el lazo, cómo no ha comprendido que esa protesta seria llevada no al anti-papa Clemente, sino al papa Urbano?

MARIA. Que será inflexible esta vez. Si supieseis... ese hombre instrumento de la venganza de Luis de Hungria, ese hombre enviado sin duda por el Cardenal!...

ROBERTO. Acabad!

MARIA. Es vuestro padre.

ROBERTO. Mi padre, que Dios me perdone! pero he dicho la verdad. Sin embargo, tranquilizaos, Maria, quizá sea tiempo. Voy á buscar á mi padre. Yo que tantas veces me he doblado ante su voluntad, levantaré hoy la cabeza, y encontraré una nueva energia en el sentimiento de mi justicia. Vuelvo al instante, Maria. Hasta mañana, caballero.

MARIA. (*Viéndole salir.*) Noble corazon!!

ESCENA VIII.

MARIA *y* SANTIAGO.

SANT. Qué he oido, Maria? esas dos palabras...
MARIA. Han hecho traicion á mi pensamiento.
SANT. Sois implacable.
MARIA. Como vos lo habeis sido.
SANT. Preferis á ese hombre, le amais quizá?
MARIA. He comparado solamente.
SANT. Me confundis, Maria, y teneis razon. Cegado por un loco orgullo, arrastrado por una ambicion devoradora, por todas partes he sembrado el sufrimiento, y por todas partes he recogido el desprecio. Es necesario sustraerme á este suplicio. Adios, Maria. Parto.
MARIA. Partir? Partir en el momento en que la vida de Juana está amenazada, sin dirigirla una sola palabra de consuelo. La Reina es culpable para conmigo; pero cuáles son sus crímenes para con vos. Quereis reuniros á sus verdugos? Voy á decirla que estais aqui, que la esperais...
SANT. Deteneos, Maria. Volver á ver á la Reina. Oir otra vez su voz, que lleva el desórden á mi corazon... No, es imposible: tu generosidad, tu abnegacion, ese consejo que me das de fingir un amor que no experimento, acaban de arrancar á Juana todo su prestigio y seduccion. Dejadme huir, Maria. porque debo separarme de vosotras.
REINA. (*Abriendo una de las puertas.*) Todo lo he oido.

ESCENA IX.

REINA, MARIA *y* SANTIAGO.

SANT. Dios mio!
REINA. Si, todo, y no lo extraño. Comprendo tu desprecio, conozco que he merecido tu aborrecimiento y veo en ello la mano de Dios. He destrozado sin piedad el corazon de los demas y deben hacer lo mismo con el mio; es justicia. (*Ruido lejano.*)
MARIA. (*Corriendo á la ventana.*) Estamos perdidas.

REINA. Qué quieres decir?

MARIA. Roberto ha tardado demasiado. El Cardenal se dirige aqui y los soldados guardan todas las puertas.

SANT. (*Tirando de la espada.*) Es necesario resistir.

MARIA. (*Con desaliento.*) Resistir!! Es un ejército entero!

SANT. (*Con entusiasmo.*) Un ejército, pues bien, yo seré solo contra todos. Juana, Maria, adios, adios para siempre! (*Váse.*)

ESCENA X.

REINA, MARIA.

REINA. Qué me importa la vida sin su amor? Este es el último golpe que me esperaba. Maria, ya estas bien vengada!!

MARIA. Hermana mia, qué desgraciadas somos!

ESCENA XI.

DICHOS, ALMIRANTE, CARDENAL *y soldados.*

MARIA. Cielos, el Almirante.

ALMIR. Maria, al fin te encuentro. (*Tira de la daga y la hiere.*)

REINA. Ah! (*Cogiéndola por los brazos y poniéndola en un sillon.*) Infame, qué habeis hecho.

ALMIR. He vengado á mi hijo.

MARIA. Vuestro hijo ... entonces.... habeis cometido un crimen.... inútil.... porque.... Roberto.... existe.

ALMIR. Qué decis?

MARIA. (*Con voz apagada.*) Digo que Roberto estaba aqui hace un momento.... que va.... á venir y que le habia perdonado.

ALMIR. Perdonado! qué es lo que he hecho! El porvenir brillante que habia soñado para mi hijo iba á realizarse! Maria iba á reconocer sus derechos... Pero no puede ser, Roberto está muerto y su sangre pedia venganza. (*Roberto aparece.*)

REINA. Mira. O estan tus ojos tan turbados como tu corazon? No reconoces á tu hijo?

ALMIR. (*Aterrorizado.*) Justicia de Dios!

ESCENA XI.

DICHOS *y* ROBERTO.

ROBERTO. (*Sin ver á su padre.*) Todo se ha perdido, señora. El príncipe Santiago acaba de caer herido.... todas las salidas estan tomadas.
(*La Reina, que está tapando á Maria, hace un pequeño movimiento.*)

ROBERTO. Maria, estais herida; qué teneis?

REINA. Está moribunda, y ese es el asesino.

ROBERTO. (*Con un grito desgarrador.*) Mi padre (*Estrechando una mano á Maria.*) Mi padre!.. habeis muerto á vuestro hijo!

ESCENA XII.

DICHOS *y el* CARDENAL.

REINA. La Iglesia como madre indulgente se habia limitado á castigaros en vuestro orgullo. Pero uno nuevo crimen ha venido á extremecer el orbe. No contenta con haber oprimido á la Iglesia atacais la persona de su jefe supremo. Dejaros sin castigo seria ultrajar á Dios. Los cardenales reunidos en concilio os han condenado á la última pena.

MARIA. Perdon, Dios mio, perdon! (*Muere.*)

REINA. Muerta!?

ROBERTO. (*Cogiendo de un brazo á la Reina y arrastrándola junto al cadáver de su hermana.*) Gozaos en vuestra obra; esas son las consecuencias de vuestros extravios; como mujer y como reina habeis olvidado vuestros deberes; habeis olvidado que las faltas de una reina recaen en perjuicio de su pueblo, y moris maldita de vuestros súbditos; habeis olvidado que vuestra corona era un depósito precioso que el cielo os habia confiado, que debiais conservar pura de toda mancha, y la habeis arrastrado por el lodo. Sois criminal como mujer y coco reina; y aun cuando me habeis arrancado la felicidad, os perdona. Pedid á Dios por vuestra salvacion.

REINA. (*Arrodillándose.*) Dios mio, perdon.!

FIN DEL DRAMA.